

9 de septiembre

¿Dónde estás?

¿Dónde estarás?

Dios de todos los hombres

¿Dónde estás?

Dios del obrero, Dios desempleado

Dios del pobre, Dios del triste, Dios mío.

Yuri Buenaventura

A lo lejos, la ventana de la sala era asaltada por una tropa de brisas enfurecidas, siendo como granadas detonándose al arribar en la pared invisible, una tras otra, esparciendo innumerables esquirlas que laceraban sin cesar algo dentro de nosotros; en sus cenizas, yacía el eco de una muchedumbre atormentada, exigiendo justicia. Durante el asedio de gritos y silencios que latía tras la ventana, Lina, mi hermana, me lanza una mirada cargada de una angustia idéntica a la mía, que comienza a zambullirse sin reparos en mis entrañas. No soy capaz de resistir el estruendo de temor que aflora tras sus ojos negros: eran dos precipicios abismales, un océano vacío en el que me hundía bajo una marejada de vértigo implacable. Desvío la mirada hacia el plato de arroz con lentejas y ensalada que estoy comiendo. No puedo pasar bocado. El miedo arrasa con todo rastro de sabor en mi lengua. Siento a mi estómago ahogarse en un aguacero torrencial de nerviosismo. Lina inmediatamente lo percibe y, sin haber desprendido su mirada de mí durante todo este lapso, me pregunta:

—Qué pasa. —dijo—. ¿Por qué no come?

—Por la misma vaina por la que usted y Andrés —mi hermano menor, quien también comía junto a nosotros—, a duras penas han cuchareado el plato desde que empezaron los ruidos y gritos raros allá afuera —respondí.

—No sé por qué, pero yo tengo mucho susto, desde que tengo uso de razón nunca había pasado algo así en el barrio —afirma ella mirando ahora hacia la ventana, como si contemplase una escena trágica

en medio de la oscuridad, que era opacada tímidamente por la luz de una farola que parpadeaba todas las noches desde hacía meses.

Perdimos el apetito al unísono, en medio de esta trinchera en la que se había convertido nuestro hogar. Me levanto de la silla y recojo los platos que están sobre la mesa. Camino muy aturdido hacia la cocina y mientras estoy dejando la loza sobre el lavaplatos, noto cómo un escalofrío estalla en algún rincón de mi abdomen. Su onda expansiva es como un huracán de rayos que me calcina los nervios, quienes intentan huir desesperadamente de la tortura eléctrica en una estéril lucha contra la cárcel de mi piel, reflejada en las agónicas protuberancias que se originaban y desfallecían a lo largo de ella en un mismo instante. «¿Qué putas me pasa?» —Pienso, mientras permanezco inmóvil con las manos fieramente aferradas a los extremos del lavaplatos—. Descubrí allí mismo que las piernas me temblaban; siento que una especie de presentimiento acababa de manifestarse en mi cuerpo. Sin saber qué hacer, agarro un vaso y abro la llave para tomar un poco de agua, con la fe ciega de que esta me ayudará a aclarar el turbio torrente de emociones que se zambulle en toda la envergadura de mi ser. Termino de tomarme el vaso de agua. Ni mierda. Todo igual. Solo sigue aumentando la intensidad de las arengas y madrazos de la multitud indignada, así como el nivel de las respuestas a estas que ofrece la policía. Según parece vienen dadas en código Morse, ya que solo logro escuchar los estruendos de algunas bombas aturdidoras, y tras estas, una ráfaga de balazos, como si estuviésemos en plena víspera de año nuevo. Ayer celebraron navidad por adelantado en Villa Luz asesinando a Javier Ordóñez, y hoy se están parrandeando al Verbenal a punta de bomba y plomo, como toda fiesta de año nuevo de un narco o matón que se respete.

Sigo parado, temblando, frente al lavamanos. La zozobra es del tamaño de todos mis días vividos, y su más inmediata consecuencia es la dilatación desgarradora del tiempo: estoy inmerso en un agujero negro tan grande como mi existencia y cada segundo transcurrido en él es una brevedad eterna e infernal. ¿Será esta la sensación que experimenta todo ser humano ante el arribo inevitable de la muerte? ¿Por qué la muerte, o mejor aún, su velo (lo que puede haber o no tras él), sigue siendo uno de los misterios más fascinantes sin resolver en la historia de la humanidad? Tras la muerte de miles y miles de millones de personas, y tras otras tantas que están exhalando su último aliento mientras pienso esto, nadie ha logrado volver o encontrar un modo para contarnos qué es lo que yace tras este abismo. Por ahora, y desde siempre, la única respuesta ha sido el silencio. Quizá de eso se trata en últimas el descanso eterno. La nada misma es el más solemne de los paraísos. ¡*Cliuckkk!* Un vaso se me ha resbalado de las manos y se rompió. De repente me doy cuenta de que estaba lavando la loza, y que acababa de romper un vaso. Su venganza desde el más allá por fragmentar su vidriosa existencia se cristaliza en la cascada rubí que se ha formado entre el dedo índice de mi mano derecha y un pedazo de vidrio que oscila,

danzante, en el fondo del lavaplatos, sin que su hendidura me produjera dolor o sensación alguna. Instantes después escucho unos pasos presurosos hacia la cocina. Es Lina, alarmada por el ruido del vaso roto.

—Aghh, mire cómo se volvió ese dedo, venga le busco una curita. Deje esa loza ahí que yo después la lavo —exclamó ella con un tono de angustia y ternura en idénticas proporciones.

—No sé en qué momento sucedió todo esto. Hace un minuto estaba agarrado al lavaplatos, intentando mantener el equilibrio con mis brazos. Es como si algo estuviese muriendo dentro mío pero en realidad nada ha pasado. Hasta ahora. —Dije, no sin cierto rastro de miedo y vacilación.

Mi hermana permanece mirando fijamente la herida en mi dedo, sin atreverse a observarme en ningún momento a los ojos. Tiene quizá aún más angustia que la que arremete contra mí ahora mismo. Sus manos frías y pequeñas, con un tacto dulce y pausado, no pueden ocultar el temblor de sus dedos y su agitación interna, mientras limpia y aplica una cura a mi dedo lastimado. Cuando está a punto de terminar de poner la cura sobre mi dedo, escucho una notificación en mi celular. Lina me mira a los ojos. Tanto ella como yo estamos muy nerviosos, y todo, hasta una simple notificación, nos hace imaginar lo peor. Reviso mi celular. Noto que es una propuesta para realizar un domicilio, a dos cuabras de mi casa. Pagan ocho lucas, más tres mil de propina. «Aguanta resto, pero a la vez me da miedo» —pienso.

—Ni por el putas se le ocurra salir, ¡oyó! —Afirmó mi hermana en un tono impregnado de rabia, que en el fondo no era más que una angustia enmascarada.

Luego apretó fuertemente mi dedo lastimado con su mano, en señal de que la curación había concluido. Agradecí su atención con una sonrisa leve, seguido de un beso tierno que le di en su frente. Salí de la cocina para dirigirme hacia mi habitación, y mientras camino percibo que el pasillo principal del apartamento está completamente a oscuras, lo cual me llamó la atención, debido a que este pasillo siempre permanece iluminado. Y como si la oscuridad invocara a todo aquello que agrede y asfixia hasta la más mínima expresión de paz, paso a paso la angustia aumenta: se acerca la primera quincena del mes y apenas tengo lo justo para lo del mercado de aquí a la próxima semana. No he logrado ahorrar ni dos mil pesos para el arriendo de este mes. Llego a la entrada de mi cuarto, veo que está prendida la luz y la puerta está algo entreabierta. A través de la abertura veo a Lina, mi mujer, sentada sobre el borde de la cama amamantando a Luisa, mi niña de apenas cuatro meses de nacida.

Se me aguaron los ojos. Me sentí desbordado de amor. Verlas así nunca me había conmovido tanto. Por unos momentos a lo largo y ancho de mi cuerpo percibí temblores, sudores, vértigo y un corazón que palpita con un frenesí tal como si en el próximo latido fuese a salir disparado de mi pecho. Era irrefutable: estaba poseído por el amor. De un amor más grande que yo, y que todas las cosas del mundo; de un amor que está apaciguando por completo mis angustias, arrasando a la desolación que hasta entonces venía encarcelándome entre los barrotes invisibles de la incertidumbre y la desesperación por un suceso futuro que desconozco, pero por el cual sufro desde antes de vivirlo o de tan siquiera haberlo imaginado.

Abro la puerta del cuarto, y sin mediar palabra me acerco a ellas: las abrazo, y en el ardor de este afecto que nos trasciende, siento que nos fundimos en un solo ser. Lina me mira sorprendida, me da un beso tierno y me sonríe. Yo le sonrío y acaricio dulcemente con los dedos de mi mano derecha un mechón de cabello que cae sobre un costado de su rostro conmovido. Continúo acariciando su cara suavemente y con la punta de mis dedos arrastro el mechón hasta acomodarlo justo detrás de su oreja; la miro, y un hechizo maternal parece florecer a raudales entre sus ojos café, en los que florecen una fuerza vital y una belleza insuperables. La encuentro tan profundamente hermosa... Agarro la mano derecha de mi pequeña Luisa y la acaricio, lentamente, disfrutando la sensación de perfecta suavidad e inocencia de su piel. Acerco su manita a mi boca y la asedio a punta de besos. Es increíble cuánto amor puede vivir en una caricia, en una mirada, en un abrazo.

—Bueno mi amor, ya vengo. Voy a hacer un domicilio allí cerquita. —Le digo a Lina, mientras apreto la mano de mi niña y me levanto de la cama.

—Amor, no salga, vea que toda esa bulla y ajetreo allá afuera me da mal presentimiento. Mejor quédese aquí con nosotras y ya mañana miramos como nos seguimos rebuscándola.

—Afirmó ella con un evidente tono de preocupación.

—Tranquila, tranquila, como le digo es allí no más y no me demoro, eso no pasa nada.

—Contesté, intentando ocultar la zozobra e incertidumbre que comenzaba a proliferarse en mis entrañas de nuevo, con un tono de aparente tranquilidad y confianza.

Me despedí de ambas con un sentido beso, y acto seguido abrí la puerta del apartamento y comencé a bajar las escaleras mientras paulatinamente comenzaba a invadirme una sensación de profunda extrañeza, como de quien está a punto de ser lanzado de un avión en paracaídas en medio de la selva. A medida que desciendo a través de los escalones intento

recordar sin éxito cuándo había sido la última vez en que había sido tan feliz como hace unos instantes. Quizá sea este uno de los momentos más bellos de toda mi vida. Siempre he creído que la belleza es sinónimo de felicidad. Siempre nuestros momentos más felices son también los más bellos.

Abro la puerta y una brisa furiosa me empuja hacia adentro, como si hasta la vida misma estuviese expresándose por incontables medios que no debo salir, que ni por el hijueputa me atreva a desafiar a la muerte, que anda desatada y proliferando su pestilencia en el barrio, empuñando las armas de los que alguna vez prometieron trabajar en favor de la sociedad, al servicio de Dios y la Patria. Más sin embargo la vida una y otra vez me ha demostrado que los pobres como yo no tenemos ni Dios ni Patria y por eso los tombos salieron a hacerle justicia a su lema en esta noche de luna menguante, a cazarnos como si fuésemos una puta plaga. Tengo miedo de que me maten, porque hasta para morir dignamente en este país hay que tener billete y no tengo ni en donde caerme muerto. Pero y qué le hacemos si este es el viacrucis del pobre y del marginado en este país: estarse balanceando a diario sobre un hilo compuesto con los huesos de todos los caídos en este manantial infatigable de balazos, pasiones y hambre a punto siempre de caer, de ser empujado por las ráfagas de la adversidad y caer en la fosa común del olvido; es ir vislumbrando un acercamiento en cada paso milagroso al horizonte de nuestras más elevadas convicciones, que se erigen con la magnificencia de cordilleras inalcanzables, como si se tratase de un arcoíris de piedra viva, floreciente, bañado en innumerables verdes, inagotables como los muertos sin nombre que vuelan entre los ríos que peregrinan, desconsolados, a través de sus faldas.

Y así mismo me encontraba, desconsolado, deambulando